06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 245

CONCURSOS Y CERTÁMENES

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 247

XXVII CONCURSO DE RELATOS CORTOS "JUAN MARTÍN SAURAS"

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN

Las ilustraciones, encuadradas en el trabajo de doctorado de Manuel Gracia, parten de una conversación del mismo con la IA sobre el concepto de "humano".
De las respuestas generadas en esa conversación, el autor seleccionó algunos párrafos y frases que le parecieron más interesantes y pidió a otras plataformas de IA generativa que hicieran imágenes basándose en esos textos.
Finalmente, intervino las imágenes resultantes con dibujos a mano que representan células y tejidos del ser humano, contraponiendo lo físico y lo conceptual, lo generado por la IA y por el "humano".

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 248

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 249

Primer Premio
Destellos de estrellas muertas
Francisco de Paz Tante*

"Algunos brillos que vemos palpitar cuando anochece y crece el cielo son sólo destellos de estrellas muertas", nos dijo doña Claudia en una de sus clases, cuando entreveraba la geografía con la astronomía, pues a ella le gustaba mezclar las descripciones de la tierra con los relumbres del cielo, los paisajes rurales con las lluvias y los soles que los cambiaban según el demorado fluir de las estaciones; los árboles, sus brotes, floraciones y talas con la influencia de la luna; los ríos con las estrellas que acunan cuando anochece. Eran aquellas lecciones sobre la tierra y el cielo que doña Claudia nos dejó grabadas en la memoria, aún tierna, de nuestra niñez.

La maestra doña Claudia nos enseñó a observar aquellas geografías emocionales en las que estaban engarzadas nuestras vidas. Con ella aprendimos a descubrir e interpretar los brillos que reverberan durante las noches en la bóveda del cielo, los relumbres del río, las iridiscencias de los atardeceres cuando declina la luz.

Doña Claudia, en sus afanes para que aprendiéramos a captar todas las luces que destellan en la vida, también nos enseñó a interpretar los brillos de las miradas, los que encienden las emociones que palpitan en la pulpa del alma. Por eso entonces aprendimos a ver en los ojos reflejos luminosos de alegrías, y, cuando se enturbian, brumas de tristeza. "Porque en las miradas espejean la felicidad, el amor, la ternura, la ira, la pasión, el desconsuelo. Todas las emociones y conmociones encienden las pupilas con sus propias luces", nos decía la maestra.

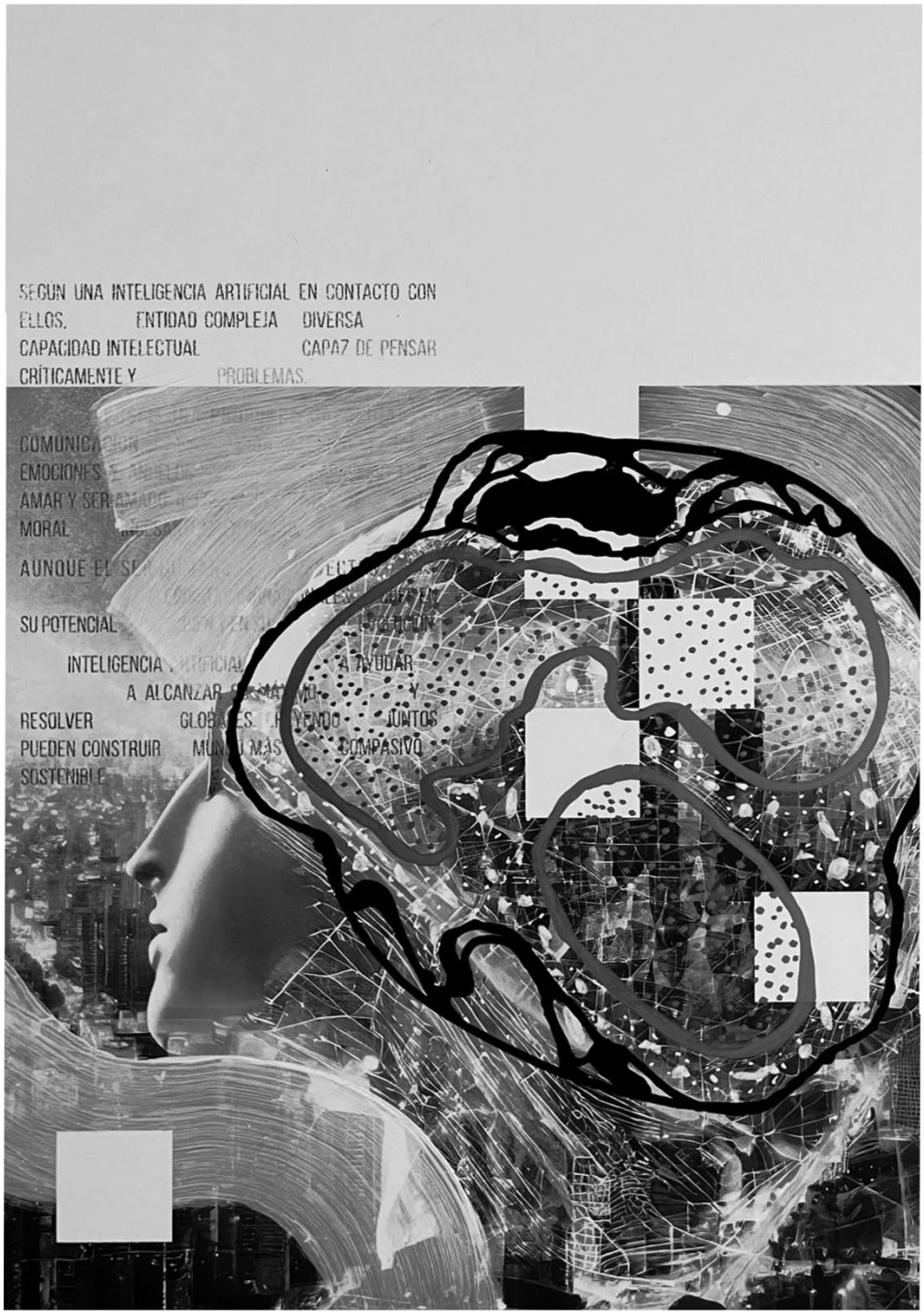
Y ahora, tantos años después, en la foto y el mensaje que me envías desde Ucrania, evoco a nuestra maestra de la infancia, después de observar los destellos de la guerra en las aguas de un río próximo, y en tu mirada, en el autorretrato que me envías al móvil.

Al recordar a doña Claudia, rememoro también los inicios de tu interés por atrapar con una cámara fotográfica las luces que destellan en la vida y en los ojos.

Fue aquel último año de nuestra escolarización en Albalá cuando te compraron para tu cumpleaños una Kodak con la que retrataste nuestras miradas, durante aquel tiempo en

* El escritor Francisco de Paz Tante, nacido en 1959 en Polán (Toledo), cuenta con un amplio currículo literario.
Entre los primeros premios obtenidos como novelista destacan el XXVII Premio Cáceres de Novela Corta (2002) con *Las cigüeñas de Yenné*, el XIV Premio de Novela del Ayuntamiento de Ciudad Real (2007) con *Cielos de Samarcanda*, el XII Premio de Novela Corta Diputación de Córdoba (2012) con *Los versos de Arabí*, el XXI Premio de Novela Corta Salvador García Aguilar (2017) con *Ninfas y faunos*.
Ha sido finalista en diversos certámenes de narrativa: el Fernando Lara, de la editorial Planeta; Alfons el Magnanim, de Valencia; Alfonso VIII, de la Diputación de Cuenca; Felipe Trigo, de Villanueva de la Serena; el de novela de Badajoz; el Encina de Plata, de Navalmoral de la Mata; el de novela corta de Barbastro; y el Edebé de literatura infantil.
Su palmarés incluye, asimismo, un centenar de premios y reconocimientos en distintos certámenes nacionales e internacionales de cuentos y relatos breves.

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 250



06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 251

que ya nos adentrábamos en los albores de la adolescencia. Y con las lecciones de doña Claudia bien aprendidas, te empeñaste en captar los brillos de las estrellas muertas, cuando al anochecer las acunaba el río. Te fascinaba la idea de fotografiar aquellos destellos de luces temblando en el agua.

La maestra nos hablaba de los brillos fantasmas, relumbres que sobreviven a las luces que los emitieron, en su viaje por el espacio y el tiempo. Y también nos decía doña Claudia que los destellos de las estrellas muertas son más tenues, más pálidos, los más desgastados en el roce de su recorrido por los senderos siderales.

Por eso tú, después de fotografiar tramos del río al anochecer, con el fogonazo del flash que encendía las aguas más próximas a la ribera, me enseñabas los retratos con aquellos brillos, diferentes, con distintas intensidades, y me señalabas los más tenues, los más pálidos, los que nos llegan de las estrellas más lejanas, las que ya están muertas.

Luego empezaste a captar con tu primera Leica reverberos en los ojos de emociones y conmociones. Entonces ya habías empezado a estudiar periodismo y fotografía. Querías ser reportera gráfica, fotógrafa profesional, y así hacer realidad las ilusiones y fantasías que empezaste a sentir desde que estuvimos en la escuela de doña Claudia. Te afanaste entonces en dominar el manejo de la luz, la armonía entre las figuras y el fondo, los principios que, según me dijiste, más te interesaron en tus estudios de fotoperiodismo: embalsamar el tiempo, como se embalsamaba la luz de las estrellas muertas.

Durante aquellos albores de nuestra juventud, también me retrataste a mí, y, con el temporizador de la cámara, buscando el mejor enfoque y la luz más hermosa, a los dos juntos, cogidos de la mano, o abrazados, en algunos retratos clavándonos las miradas, rebosantes de emoción. Porque durante aquellos años éramos novios, amantes, confidentes de nuestras vidas, aún juntas, antes de que te fueras a Madrid a estudiar con los mejores fotógrafos de aquellos años, para convertirte en una reportera gráfica profesional, y hacer realidad las ilusiones y pasiones que te dejó inoculadas en la memoria nuestra maestra, cuando nos enseñó a distinguir los destellos de las estrellas muertas y a ver en los ojos los relumbres de las emociones humanas.

Fue durante aquel tiempo de estudio en Madrid cuando descubriste y admiraste a Gerda Taro: “la chica de la Leica”. Me dijiste que te impresionó la vida y el trabajo de Gerda, una fotoperiodista alemana que retrató la Guerra Civil española, junto a su compañero Robert Capa. Recorrió los frentes de aquel espanto, fotografiando batallas y miradas con expresiones de osadía, valentía, miedo, desolación, tristeza. Arriesgaba su vida para atrapar en sus fotos las imágenes del plomo ciego, las bombas a granel, la muerte esparcida. Después de la batalla de Brunete, junto al Escorial, tuvo un accidente en un camión mientras oían el rugido de un bombardero. Al caer al suelo, un tanque la atropelló. Murió algunas horas después en un hospital de El Escorial.

Fotografiar la guerra, que, al final, la mató, fue la pasión de Gerda Taro. Como algunos años después sería la tuya, tu pasión y tu vocación como reportera gráfica.

Cuando estudiabas fotoperiodismo, también me hablabas con entusiasmo de Sabine Weiss, que durante varias décadas narró la vida con su cámara. Me decías que ella

retrataba a la gente por las calles, sobre todo, a niños y viejos. El famoso fotógrafo Doisneau la describió como una fotógrafa de la luz y la ternura.

De Sabine Weiss te interesaba cómo reflejaba en sus fotografías, siempre en blanco y negro, el amor por los seres humanos; y cuando retrataba la pobreza siempre lo hacía con humanidad y dignidad, sin que prevalecieran, ni en el espacio ni en las miradas, las oscuridades de la miseria.

Y me explicabas, con la emoción de quien narra una vocación compartida, que tú, sobre todo, te fijabas en los retratos de las mujeres, en los que siempre encontrabas destellos de esperanza aún palpitantes entre las sombras densas que dejó la guerra. Eran ellas, las mujeres, quienes mostraban con más nitidez en sus miradas, entreverados con los turbiones húmedos de la tristeza ya inoculada para siempre en las láminas más profundas de la memoria, los atisbos de luz, de ilusión, en aquel tiempo aún marcado por el recuerdo indeleble de los genocidios y los campos de exterminio.

En aquel tiempo de aprendizaje, me dijiste que fue la fotógrafa portuguesa María Lamas quien te despertó tu deseo, tu afán, tu vocación de retratar a las mujeres. Ella fotografió Portugal en femenino. Con una Kodak sencilla, como la que tú tuviste, recorrió el país, para fotografiar a mujeres empujando vagones de carbón, venteando el cereal en las eras, acarreando cántaros de leche, cargadas con niños a la espalda. A veces tenían las miradas impregnadas de desolación, y otras encendidas con relumbres de esperanza. Estabas convencida de que nadie como ella ha retratado la realidad, la fuerza y la ternura de las mujeres.

Cuando firmaste tu primer contrato para trabajar en un periódico, te ofrecieron la posibilidad de viajar a África, a Mali, y tú aceptaste entusiasmada: querías captar las imágenes y las miradas que encendían el hambre y la miseria durante la hambruna que entonces asolaba el país.

Aunque, según me dijiste, entre todas las miradas que allí viste, las que más te impresionaron fueron las de las niñas a las que sometían a los rituales de la ablación y la infibulación. Emitían un llanto desgarrador, y luego gemidos cada vez más débiles, hasta que sólo les quedaban la mirada mojada y los relumbres fríos de una tristeza infinita. Y cuando las dejaban con aquella sutura en su intimidad, empezaban a andar con las rodillas muy juntas y los pasos cortos. Me decías que veías a chicas jóvenes que paseaban juntando las piernas, para resultar más atractivas a los hombres. Aunque también me contabas que en algunas miradas afloraba la sombra de la tristeza. Eran los ojos de la resignación, la frigidez sumisa, del miedo al dolor, otra vez, como tantas veces en sus vidas.

También hiciste fotografías de algunas cigüeñas junto al Níger, que se quedaban muy quietas encima de sus patas de palo seco. Luego fotografiabas las estrellas muertas que acunaban aquellas aguas cuando anochecía y crecía el cielo.

Después estuviste en Bosnia, como reportera gráfica de aquella guerra, en la que retrataste las miradas del sufrimiento y el espanto. Ya entonces eras una fotógrafa intrépida y valiente, como tu admirada Gerda Taro, y respirabas los olores de la pólvora y

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 253

de la sangre vertida para sentir de cerca los latidos de las batallas, y captarlas en tus fotografías siempre repletas de vida y de muerte.

En aquel país retrataste las miradas de algunas mujeres arrasadas por una tristeza fría y húmeda, abisal, de una desolación incrustada ya para siempre en el fondo de sus ojos y en los hondones del alma, después de violarlas y humillarlas como meros objetivos de aquella guerra y sus espantos.

También en Bosnia te ibas al río Neretva, junto al puente de Mostar, para fotografiar, ya con la noche y el cielo crecidos, los destellos de las estrellas muertas.

Cuando decidiste ir a la guerra de Irak, sabías que ibas a fotografiar atrocidades y sufrimientos con mucho riesgo para tu vida.

En las ásperas geografías de aquella barbarie desatada, con un hiyab que te tapaba la cabeza y el pecho, llegaste a las montañas de Sinjar, el territorio de los yazidíes. Querías captar con la pupila del alma y con tu cámara aquellos lejanos paisajes devastados, para fotografiar las emociones y conmociones de los supervivientes, las viudas, las madres que perdieron a sus hijos muertos y a sus hijas secuestradas.

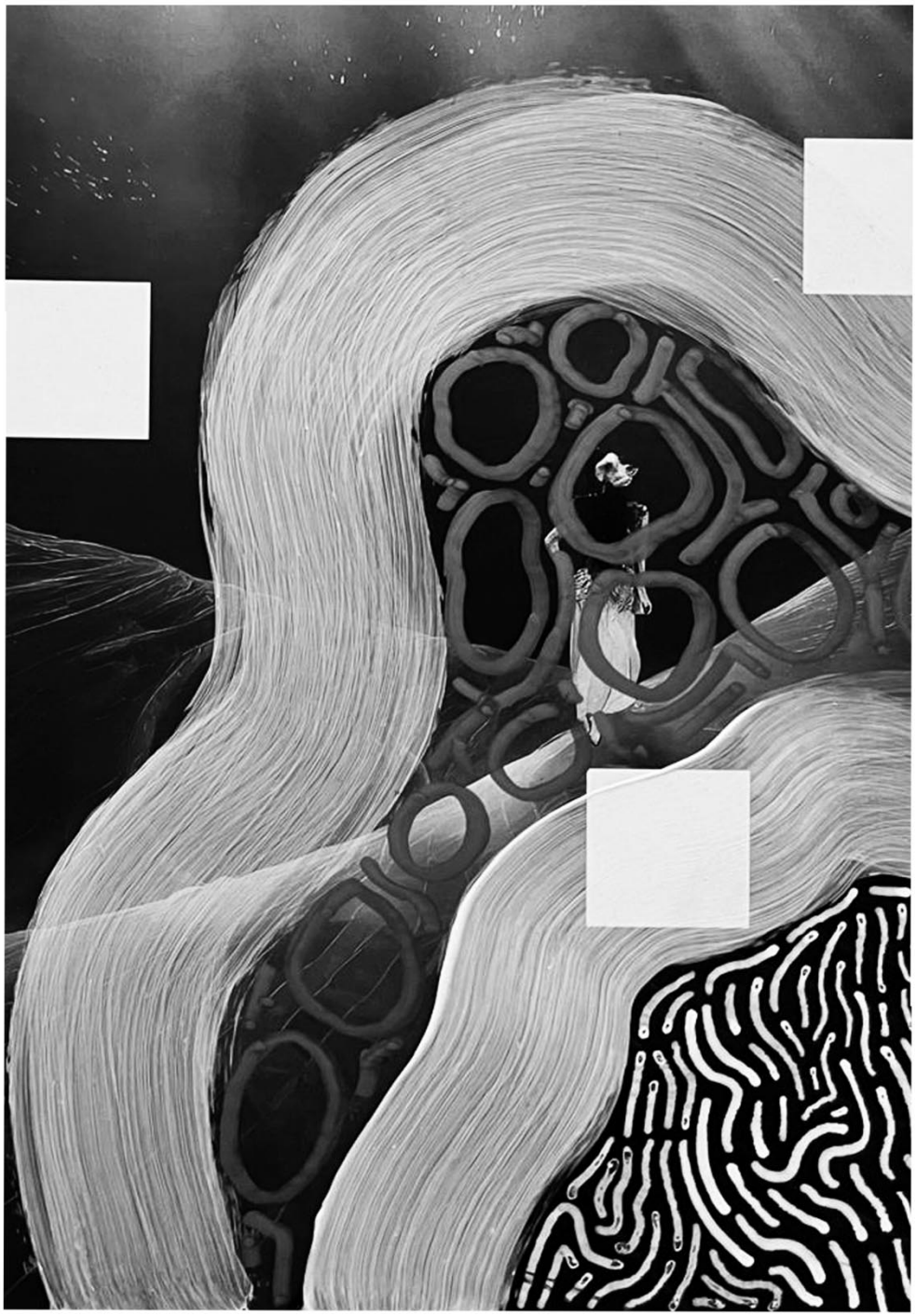
En tu trayecto, procuraste seguir la senda que había narrado en sus relatos Nadia Murad, la activista yazidí que recibió el Premio Nobel de la Paz por su lucha contra la violencia sexual como instrumento de dominación y arma de guerra.

Encontraste a una mujer, a la que fotografiaste con su mirada ya arrasada por el miedo y el sufrimiento, que te habló de cómo vivían en los años previos a la guerra; de los aromas que entonces impregnaban las calles, las casas, según las brisas cambiantes de los días y las estaciones: los olores del ganado, de las cabras, del yogurt que hacían después del ordeño y lo dejaban al sol, secándose. Eran las texturas, los sabores, los aromas de su vida a la intemperie y en sus casas aún erguidas, antes de la devastación y la ruina que tú fotografiaste. Te dijo que guardaba muchas fotos de aquel tiempo, que cambió cuando llegaron los hombres de negro, y empezó el miedo, el sufrimiento de las mujeres bajo el velo, donde ahogaban el llanto, en aquel pozo oscuro, silenciadas.

Después de retratarla, le pediste a aquella madre que te mostrara las fotografías de aquel tiempo previo a la guerra, cuando aún era posible la felicidad. Luego le dijiste que las echara al aire, para hacer una composición fotográfica con aquellos retratos en vuelo, como una bandada de pájaros que caían al suelo, abatidos, bajo el cielo del atardecer. Al final de aquel viaje al corazón del horror, fuiste a la ribera del Tigris, porque también allí, bajo aquellos cielos claros, fotografiaste los destellos de las estrellas muertas, después de su recorrido palpitante por el firmamento.

Y ahora me mandas tus fotos desde Ucrania, no solo las que después veo publicadas en el periódico para el que trabajas, sino también otras que sólo me envías a mí. Y al observarlas, me acuerdo de doña Claudia, cuando nos hablaba de las miradas. Son las miradas de la angustia, el terror, el miedo, la desolación, que veo en las mujeres que permanecen junto a los edificios destruidos, aún humeantes, con sus hijos de la mano, antes de empezar a caminar hacia ninguna parte.

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 254



06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 255

Después del infierno vivido y retratado de Mariúpol, ahora estás en Donetsk, junto al río Kalmius, me dices, en el último mensaje que me envías con un autorretrato. Ya está anocheciendo, y en las aguas próximas se ven los reflejos de las estrellas que destellan en el cielo crecido. Pero en esas aguas oscuras veo también el reflejo de la guerra, los relumbres de los estallidos próximos, muy cerca de ti.

Luego me sorprende tu imagen en la portada del telediario. Estremecido, escucho la noticia. Te han matado en Donetsk, dicen, mientras fotografiabas la guerra. Acompañan la noticia de tu muerte con imágenes de una batalla próxima al mismo río que he visto en el autorretrato que me has enviado, en el que te relucen los ojos junto a los brillos del agua: destellos de estrellas muertas.

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 256

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 257

Segundo Premio
Secretos
Pilar Arijo Andrade*

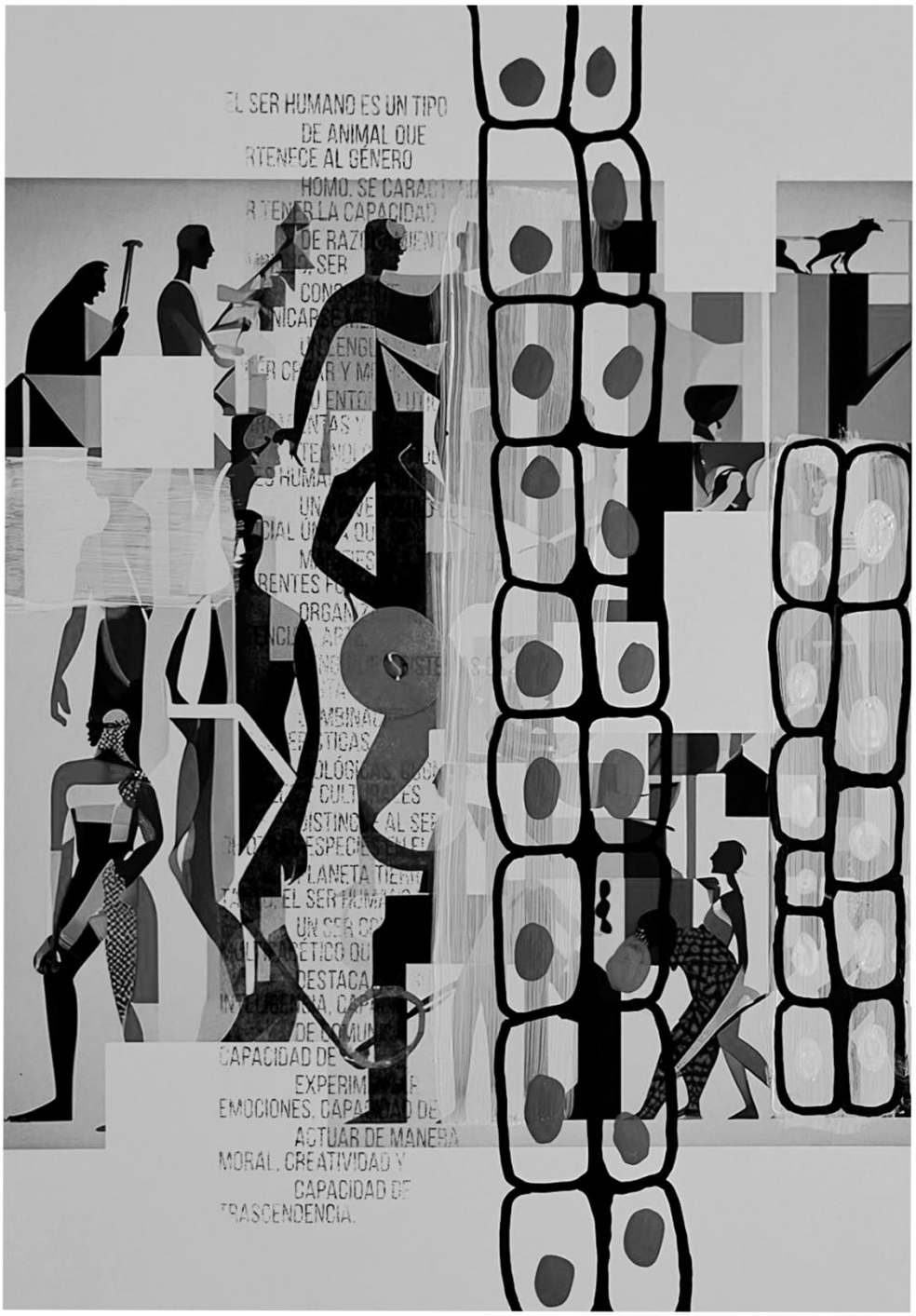
Hay algo triste en la luz de las fotos. Una pátina de melancolía que irradian esos momentos perdidos, esos momentos que no volverán.

Nunca me gustó ir a visitar a la abuela por ese motivo, porque la tristeza que emitían esas fotos impregnaba cada una de las habitaciones de aquella casa y contagiaba mi ánimo, dejándome en un estado de languidez anormal para mi edad. Con los años no conseguí que decreciera aquel contagio, por lo que mis visitas se convirtieron en más esporádicas y breves. Solo cuando la abuela enfermó de forma irremediable, mi presencia en aquella casa se hizo más prolongada de lo habitual. Recuerdo que nos sentábamos en el jardín trasero, donde las flores no querían crecer, junto al manzano del que jamás vi pender un fruto y me contaba cosas de mi madre, de su juventud, de sus últimos días con nosotras. A veces, se sumergía en un silencio prolongado y oscuro de donde me costaba trabajo que emergiera. "Todo lo que tengo es para ti, hasta mis secretos serán tuyos", y yo le apretaba la mano y le decía entre risas que se dejara de tonterías. Bien sabía que poco le quedaba para el final. Ella, aunque no lo dijera, también. Luego, al volver al interior de la casa, se paraba en cada una de aquellas fotos y me contaba por enésima vez sus pormenores, como si fueran las pinturas de un museo. Sus ojos entonces se alegraban y transmitían una luz que hacía tiempo no tenían. Yo la miraba y la oía con fingida atención mientras pensaba que en aquel momento era feliz, que, para ella, durante ese instante, había dejado de existir la enfermedad o el trágico recuerdo del suicidio de mi madre. En esos minutos, frente a aquellas fotos, la vida parecía surgir de nuevo, plena, sin mácula.

Mi observación estuvo exenta de toda malicia cuando le pregunté por qué en ninguna de esas fotos aparecía el abuelo. A ella entonces la mirada se le llenó de sombras y su voz me pareció de piedra: "Nada hay que recordar de él". Pensé en mi estupidez, en cómo se me había ocurrido hacer semejante pregunta cuando sabía que, de mi abuelo, nada se hablaba en aquella casa, que lo poco que yo sabía era que un día, sin explicación alguna, sin despedidas, se había marchado, según decían, a la Argentina, y que jamás, ni ellas ni nadie, supieron dar señas de su vida o paradero. Tuvo que ser duro para la abuela

* Pilar Arijo Andrade, escritora malagueña, es también monitora de talleres de escritura creativa desde 2013 y fue editora-correctora de la revista literaria *Zoque* desde 2012 a 2016.
En los últimos años ha participado con sus relatos en certámenes literarios de toda la geografía española, en los que ha obtenido numerosos galardones. Citamos solo algunos de los primeros premios más recientes: (2023) V Certamen de Relatos Cortos Rincón de la Victoria en homenaje a Gloria Fuertes; (2022) XXIV edición del Concurso Internacional de Relato Corto Elena Soriano (Suances); (2021) XXV Concurso de Relatos Cortos Juan Martín Sauras; (2020) II Certamen Literario "Clara Campoamor" de Poesía y Relato Corto, Distrito Retiro (Madrid), III Certamen Literario "Santiago-Pontones" de Relato Corto (Jaén), V Certamen Literario de Relato Corto "Entre Pueblos", Azuaga (Badajoz); (2018) II Concurso de Microrrelatos Universidad Popular de Dos Hermanas (Sevilla); (2017) I Certamen Literario "Torreón", Las Gabias (Granada).

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 258



06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 259

quedarse sola en esos tiempos, con una hija de doce años y no más capital que aquella casa grande y triste que, a pesar de los apuros económicos, nunca quiso vender.

El tiempo empezó a jugar en nuestra contra, y la salud de la abuela fue empeorando a medida que avanzaban los días a una velocidad que no dejaba espacio a los nuevos síntomas, a las nuevas limitaciones, a ver con claridad que la muerte estaba sobre ella sin remedio.

Empecé a echarla de menos incluso antes de que se marchara, porque dejó de ser quien era para convertirse en una figura quejumbrosa sobre la cama, donde solo el dolor la hacía moverse o murmurar algo que pocas veces entendía. Sí recuerdo que, un par de días antes del final, me acerqué para besarla y la oí con claridad: "Todo lo que tengo es para ti, hasta mis secretos serán tuyos". Y la besé, y le apreté la mano, y le dije intentando disimular mis ganas de llorar que no dijera tonterías.

Pasaron meses hasta que pude reunir las fuerzas necesarias para volver de nuevo a casa de la abuela, fuerzas para enfrentarme a los recuerdos y a su ausencia. Ahora, cada una de aquellas fotos con su triste luz de momentos perdidos, se empeñaba en comprimir con saña mi garganta al recordarla junto a ellas, con ese brillo en los ojos, tan distinto al de los últimos días, explicándome cada uno de sus pormenores, como si fueran los cuadros de un museo.

Estaba decidida a llevarme los documentos, los objetos más personales y venderla. Librarme de aquella casa que solo me hacía daño. Escapar del dolor, del vacío, del jardín trasero donde las flores no querían crecer, del manzano de donde nunca vi pender ningún fruto. No quería volver a contagiarme de esa languidez que emitía la triste luz de aquellas fotos. Escapar de esa casa y de todos sus recuerdos, quizás por esa misma razón mi madre se fue de allí, quizás por eso después del divorcio no volvió con la abuela, a la que tanto quería. Quedan demasiadas preguntas sin responder cuando alguien se suicida. Quedan demasiados silencios gritando dentro de ti, gritos que nunca podrás acallar, demasiados porqués sin respuesta.

Poco o nada guardaba de valor aquella casa que mi abuela, a su vez, había heredado de sus padres, porque mi abuelo, a decir de algún familiar más o menos cercano, solo aportó al matrimonio su porte y rancio carácter. Cuando él se marchó ella tuvo que ir vendiendo, a medida que apretaba la estrechez, todo lo que de suntuosidad tenía. De aquel expolio solo conservaba un pequeño escritorio de caoba y taracea donde solía guardar lo que para ella era importante. Mil veces me lo había señalado diciendo: "Todo está ahí". Y hacia él dirigí mis pasos dispuesta a encontrar en sus cajones lo necesario para vender la casa, dispuesta a escapar lo antes posible del lacerante vacío que ahora la llenaba.

Entre documentos legales perfectamente ordenados, una pequeña y vieja libreta de tapas rojas se mantenía cerrada con una lazada del mismo color. Desentonaba tanto entre aquellos legajos que no me pude resistir a abrirla. En sus primeras páginas hallé la delicada caligrafía de la abuela.

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 260

16 de enero de 1951

Del Alfonso que conocí poco o nada queda. Desde que murió mi padre se ha hecho cargo de la imprenta y, desde entonces, su carácter se ha endurecido de tal forma que a veces me parece convivir con un extraño. Debería, en estos momentos de pérdida, estar más pendiente de mí, de mis carencias, pero se muestra insensible, indiferente. Me siento sumida en una soledad espesa e insondable.

19 de septiembre de 1951

El médico ha confirmado mi embarazo. He tenido que dejar de lado mi incredulidad, porque desde hace un tiempo apenas existe relación carnal entre nosotros.

Voy a ir a la imprenta para decírselo. Hacerle una visita, como antes, cuando vivía mi padre y me pasaba por allí con cualquier excusa, solo para verle a él, al chico nuevo, al tipógrafo más guapo que había visto en mi vida. Sentir lo de antes, que me vuelva a querer como antes. Ahora seremos de verdad una familia, puede que este hijo nos haga recuperar lo perdido, eso que nos falta: lo de antes.

Me asalta cierto pudor, cierta sensación incómoda de intrusismo, de hurgar en algo que no debo. Paso las páginas y veo que, en su mayor parte, están en blanco. El último apunte es de unos días después de la muerte de mi madre. No me atrevo a leerlo. Abro al azar y paso algunas hojas, casi sin querer deslizo mis ojos por lo escrito.

3 de abril de 1964

Me despierto bañada en sudor todas las madrugadas. Intento no pensar, pero mis miedos afloran sin control, mi temor se desboca sobre la almohada y se me hace imposible conciliar el sueño. Durante el día actúo con normalidad, me he convertido en una consumada actriz. Ella nada dice, nada pregunta, sigue con sus muñecas, con su rutina de niña, pero sé que finge igual que yo. A veces me pide dormir conmigo, siempre con la excusa del viento o la lluvia. Entonces la abrazo y le repito que no tenga miedo, porque yo me encargaré de alejar a todos sus fantasmas. Y la arropo como cuando era más pequeña, y noto su respiración sosegada y me digo que, mientras viva, no dejaré que nada la perturbe, que nada ni nadie le haga el más mínimo daño. Entonces me siento fuerte, convencida de que mis actos han sido los apropiados, casi orgullosa. Luego el valor se desvanece a medida que pienso en qué sería de mi hija si yo faltara, si me arrancaran de ella, a nadie tiene más que a mí.

El diario me quema entre las manos. Lo arrojo sobre el escritorio y lo miro con temor, como si me estuviera retando. La abuela era bastante reacia a contar sus cosas más íntimas, a desvelar sus secretos, a ir más allá de la anécdota. No me explicaba cómo no lo había destruido sabiendo que algún día podía ser abierto por otras manos, leído por otros ojos. "Todo lo que tengo es para ti, hasta mis secretos serán tuyos". Mi corazón empieza a latir con fuerza, "... hasta mis secretos serán tuyos". No era casualidad que ese diario estuviera en el escritorio. "Todo está ahí", me decía. Ahora empiezo a encontrar un nuevo sentido a tan repetida frase. Abro la vieja libreta con un

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 261

inexplicable recelo y vuelvo a las primeras páginas intentando seguir un orden, la cronología de su historia.

20 de noviembre de 1951

Me he levantado con la noticia de que Alfonso ha despedido a Rosa. Me lo ha dicho ella misma sin poder contener el llanto. He salido hacia la imprenta como alma que lleva el diablo. No me puede hacer esto a dos meses de dar a luz, ni se lo puede hacer a Rosa, que me ha cuidado como una madre y que ahora está mayor para encontrar casa donde trabajar.

Damián, al verme, se ha acercado con preocupación a mí. Alfonso no estaba, me ha comentado que solo para abrir y cerrar aparece. Según ha oído, se pasa las horas en el Círculo Mercantil, de tertulia con cualquiera o jugando a las cartas. También me ha dicho que la imprenta, desde que Alfonso la dirige, no produce como cuando vivía mi padre, que él, en los años que lleva de encargado, nunca vio tanta desidia ni tanto abandono del negocio, y que de los doce empleados que había antes de que papá muriera, solo quedan seis. Me ha tenido que acercar una silla porque me temblaban las piernas. Alfonso nunca estuvo en el devocionario de Damián ni de mi padre, por eso puse sus palabras en cuarentena y me dirigí hacia el Círculo Mercantil, esperando que solo fueran murmuraciones.

Allí estaba, en animada charla con otros desocupados como él. Cuando me vio vino hacia mí con la cara desencajada, me cogió del brazo con fuerza y me llevó hasta la puerta de la calle. Unos hilillos de saliva espesa parecían coser las comisuras de sus labios. Dijo que jamás se me ocurriera volver. Y mientras lo decía, sus dedos, como garras, se clavaban con rabia en mi brazo. Y sentí cómo algo cambiaba en mí, en él, algo que dejaba de ser lo que hasta entonces era.

18 de diciembre de 1951

La Navidad está cerca y me siento sola. Alfonso me trata con indiferencia el poco tiempo que está en casa. Me aterroriza ponerme de parto y no tener a nadie a quien recurrir. Los días pasan todos iguales, tristes, vacíos. Echo de menos a Rosa, era mi único consuelo.

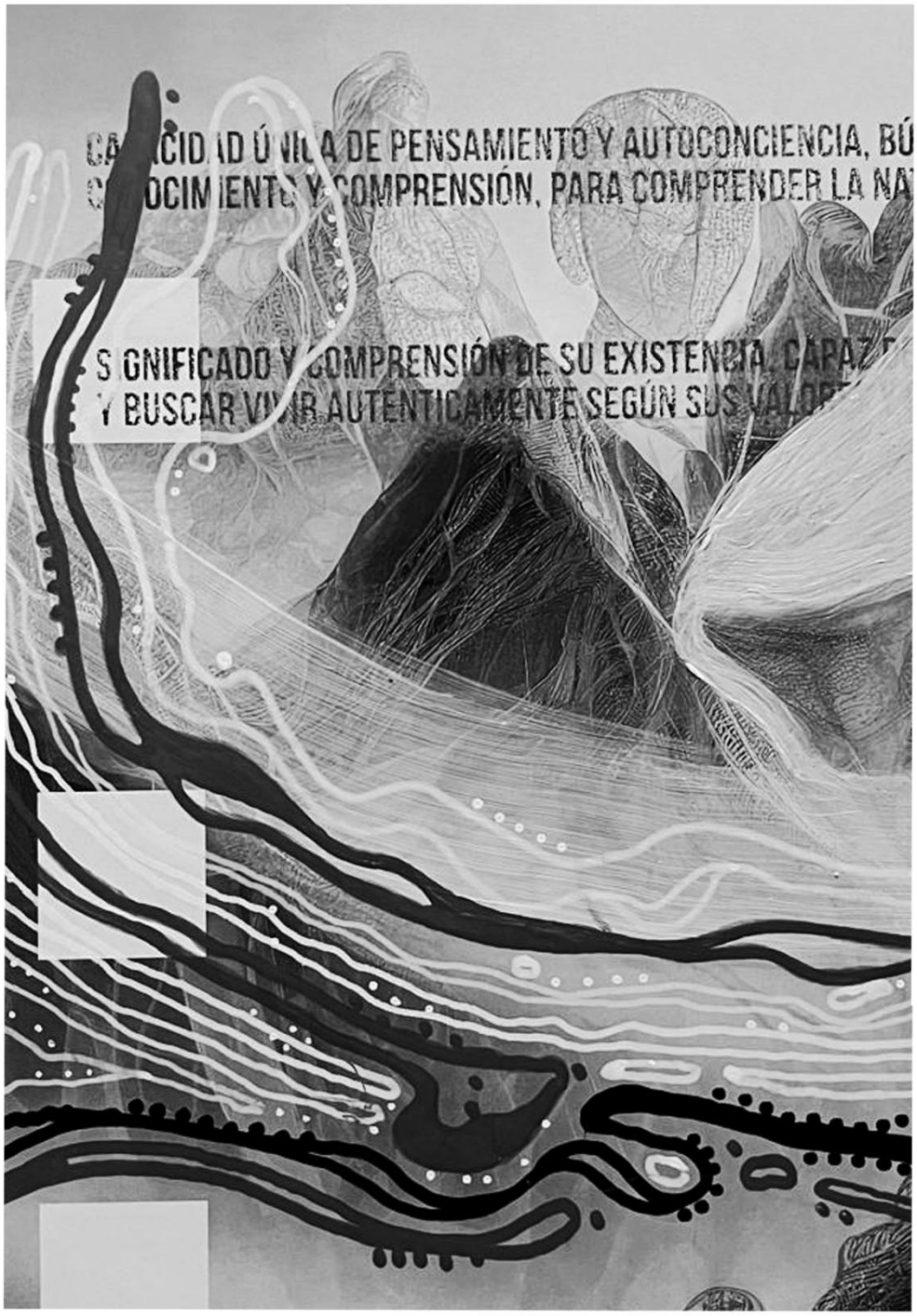
23 de febrero de 1952

Nunca pensé que sería capaz de querer a alguien así. Mi hija es la luz de mis días, el motivo por el que seguir luchando, mi fuerza, mi ánimo. La hemos bautizado con el nombre de Isabel, aunque yo la llamo Lita. Alfonso sigue siendo el mismo, pero ya no me importa, mi tiempo, mis desvelos, son para ella.

6 de julio de 1963

Después de once años recurro otra vez al diario. Me doy pena yo misma, pero no encuentro otra manera de calmar esta pesadumbre que me consume y me llena de zozobra. A nadie tengo a quien contarle mis pensamientos, mis temores. Busco refugio absurdamente en estas páginas, y me vacío en ellas esperando encontrar algún consuelo.

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 262



06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 263

Sin apenas darme cuenta Lita ha cambiado, se ha vuelto esquiva, agria en ocasiones. Me preocupa que haya podido heredar el hosco carácter de su padre. He intentado hablar con él por si ha notado ese cambio en su actitud, pero me calla diciendo que son figuraciones mías, que me estoy volviendo loca. Otra cosa no tendrá, pero sorprendentemente Alfonso es un buen padre, se desvive por Lita al igual que yo, la llena de caricias y mimos, siempre pendiente de ella, consintiéndole todos los caprichos, supongo que si viera algo anormal en su comportamiento se preocuparía. Quizás tenga razón y solo sean figuraciones, pero algo, no sé qué, me corroe continuamente el alma.

En los siguientes días la abuela repetía su desasosiego, su turbación por esa actitud que yo conocía a la perfección, porque mi madre siempre estuvo sumida en esas etapas oscuras donde parecía esconderse de todo y de todos, donde su desgana por la vida la llevaba a la profundidad del sueño inducido por los fármacos, esos que ella utilizó para escapar de sus miedos no despertando jamás. Nada se podía hacer cuando entraba en aquella caverna de donde era imposible sacarla. Solo de vez en cuando, sin previo aviso, parecía resurgir de sus cenizas y transformarse en una mujer adorable, derrochadora de amor y sonrisas, alguien distinto y por desgracia fugaz, porque la bonanza, por lo general, duraba poco y su negativa a recibir ayuda de un profesional se hizo cada vez más violenta, hasta que preferimos obviar el consejo y esperar a que aquellas crisis remitieran y volviera a ser ella, sin sus miedos y fantasmas, sin esa oscuridad en los ojos que la volvía ciega a toda la vida que la rodeaba.

Las páginas siguientes están en blanco. Paso un par de hojas más y pienso que nada queda por leer menos aquella última, escrita días después de la muerte de mi madre. Un involuntario movimiento de muñeca me descubre de nuevo la caligrafía de la abuela. Me percato de la fecha, al menos dos semanas después de que mi abuelo las abandonara. Aquella anotación me era familiar. Conocía lo escrito por haberlo oído en boca de otras personas, amigos de la familia. De mi abuela o de mi madre, apenas algún detalle, solo que esa visita de aquel general retirado y su mujer se produjo de forma providencial, cuando más desesperadas estaban.

8 de octubre de 1963

Esta tarde han venido don Carlos y doña Teresa. Me sorprendió verlos, porque no venían a casa desde la muerte de mi padre, de quien era amigo a pesar de su diferencia de edad.

Don Carlos dijo que tenía que hablar conmigo sobre un asunto delicado, y les hice pasar con todas mis reservas. Nada más tomar asiento, me comentó que acababan de llegar de Alicante, pero que se habían enterado de la ausencia de Alfonso porque, como dijo, en estas ciudades pequeñas las noticias vuelan y todo se sabe de todos. A pesar de mi discreción, el rumor había crecido desde la imprenta hasta las salas del Círculo, y allí la especulación se extendió como una gran mancha de aceite, donde cada cual opinaba sobre los porqués de su desaparición sin aviso alguno. Hizo una pausa y me miró a los ojos. "Sé qué ha pasado con él", añadió, y en ese momento me desvanecí.

Retomé la consciencia gracias a las salpicaduras de agua sobre mi cara más el aire que doña Teresa me daba con un abanico, mientras apremiaba a su marido para que llamara a don

Cosme, el médico. Por suerte Lita se encontraba en el colegio. Habría sido horrible para ella estar presente, evitarle cualquier sufrimiento añadido es mi norma. Tuve que insistirles en que me encontraba bien, suplicarles que no llamaran a nadie y que me contaran sin más dilación lo que sabían. Don Carlos accedió: "Vimos a Alfonso antes de que se marchara", y pensé que me desmayaría de nuevo sin remedio. Empezó a relatarme que habían viajado a Alicante a despedir a un sobrino muy querido que partía hacia Argentina para establecerse allí, que por la escala de ese mismo barco vieron subir a Alfonso acompañado de una mujer, y que él voceó su nombre un par de veces, pero que Alfonso no le oyó o no quiso girarse. Cesó en su empeño porque estaban lejos y no era cuestión de dar la nota entre tanta gente. Doña Teresa asentía corroborando la narración de su marido, mientras me observaba con cierto quebranto. Yo miraba a los dos sin saber qué decir, con la boca reseca y el corazón enloquecido queriendo escapar de mi pecho.

Don Carlos se ha ofrecido a acompañarme a la Guardia Civil o donde haga falta como testigo. Dice que así evitaré problemas y tendré dónde agarrarme si necesito la autorización de mi marido para cualquier trámite administrativo. Tengo miedo, un miedo feroz a todo lo que me rodea, a esta incertidumbre de no saber qué pasará mañana.

Entiendo su desamparo, su preocupación. Las leyes, por aquel entonces, discriminaban especialmente a la mujer casada, quien sin la aprobación del marido, el llamado permiso marital, tenía prohibida la realización de cualquier actividad económica, tener un empleo, propiedades o incluso viajar fuera del país. Comprendo su miedo, su angustia, la subsistencia espartana que les tocó vivir, aunque por herencia no le faltaran posesiones que vender, la imprenta, aquella casa... nada podía tocar sin el expreso consentimiento de su marido. Mi abuela no era viuda, solo una mujer abandonada, una mujer sin voz, sin voluntad propia, sin derechos ante la Ley. Cuando esta se reformó en 1975, ya era tarde para paliar tanta privación.

Nadie se atrevió a poner en duda la palabra de don Carlos. Él era capaz de jurar por su Laureada de San Fernando que vio subir por la escala de ese barco a mi abuelo, y dada su reputación, jamás se enjuició que él o su mujer pudieran haber errado el dictamen, ya fuera por la distancia que los separaba o por la agudeza visual que, a esa edad, ninguno de los dos poseía.

Las páginas vuelven a quedarse en blanco. Sigo pasando hojas hasta llegar de nuevo al apunte del 3 de abril de 1964. Ese miedo suyo que no desaparecía, ese contar de mi madre, de sus fantasmas... Siento una pesadumbre lacerante que humedece mi visión, las letras se difuminan mientras me pregunto el porqué de tanto sufrimiento. Abrazo el diario como si las estuviera abrazando a ellas. Es lo único que poseo que las abarque a las dos. Me siento sola, inmensamente, inmensurablemente sola.

Reúno el valor para enfrentarme al último apunte, donde habla de mi madre y que cierra el diario.

Empiezo a leer y las palabras se agolpan en mi cabeza, se traban en mi entendimiento. *Sabía que este día llegaría tarde o temprano, no por esperado menos terrible. Nunca pudo escapar de sus recuerdos, dejarlos enterrados, olvidados, como hicimos con él. Debí darme cuenta antes, debí haberle espiado antes. Ella era demasiado pequeña para una infamia tan grande. No supe borrar el rastro de sus manos.*

06-2025-Celan-CERTAMENES03.qxp_2-Celan 2 nueva,est 02 10/10/25 13:35 Página 265

Seguí leyendo mientras intentaba respirar, mientras intentaba encajar cada una de aquellas piezas. “Hasta mis secretos serán tuyos”, me decía. Así lo quiso y así fue, ahora yo era la guardiana del secreto de las dos. Jamás vendería aquella casa. Caminé con el diario en la mano mirando las viejas fotos, con su luz triste de momentos perdidos. Llegué hasta el jardín trasero, donde las flores no querían crecer, y me situé junto al manzano del que jamás vi pender un fruto. El secreto era mío, la casa era mía, a nadie le concedería el derecho a juzgarlas, a que ensuciaran su memoria, a censurarlas por plantar un árbol sobre él.